

El ALCA: acuerdo entre desacuerdos

1. El libre comercio no es un comercio libre

Carolina Alas, de FUSADES, nos presenta un ordenado resumen del "Nuevo entorno internacional del comercio". En forma secuencial expone las diversas formas de integración comercial: (a) apertura comercial, "donde un país procede a la eliminación de las barreras arancelarias y no arancelarias, por iniciativa propia, sin esperar reciprocidad a cambio". Esta práctica presupone que el comercio internacional sería beneficioso para todos los participantes. Este país, seguramente, se enfrentaría con el proteccionismo de otras naciones y si se trata de un país pequeño sería conquistado por la competencia externa. Por ello, el libre comercio requiere de un marco que lo regule; (b) el sistema multilateral de comercio "pretende hacer más ágiles los flujos comerciales entre países, a través de la existencia de una serie de disposiciones que regulan y norman el comercio internacional, y de rondas de negociaciones que propicien la paulatina eliminación de las barreras existentes". A este fin se creó el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT), en 1947, transformado luego en la Organización Mundial del Comercio (OMC), en 1995; (c) bloques económicos dentro del sistema multilateral de comercio. Con la expansión de los mercados comunes, a raíz de la segunda guerra mundial, más de un centenar de acuerdos regionales se han firmado. De ellos, treinta han sido establecidos después de 1990. Las naciones entienden que uno de los ejes dinámicos es el comercio internacional, donde, en teoría, todos los participantes saldrán beneficiados. Este nuevo orden internacional ha generado "numerosos estudios sobre la coexistencia del multilateralismo y del regionalis-

mo". Este problema aparece en la gestación del ALCA, así como las tensiones entre bloques regionales, tal como lo plantea Lester Thurow, en su obra *La guerra del siglo XXI: la batalla económica que se avecina entre Japón, Europa y Estados Unidos* (1992).

Aunque el GATT, hoy Organización Mundial del Comercio, regule estos mercados regionales, existe siempre el temor de "que el surgimiento de los bloques económicos signifique el recrudecimiento de los obstáculos para tener acceso al mercado de los países miembros, ya sea en forma abierta o disfrazada, o en última instancia, que los acuerdos regionales demoren la eliminación de las barreras al comercio que mantienen los países socios con terceros países". Estos son los temas que Carolina Alas desarrolla en el artículo citado y anuncia una segunda parte, "donde se analizan los aspectos que un país debe considerar para aprovechar los beneficios de la globalización y reducir sus costos" ("El Nuevo entorno internacional del comercio", *Boletín Económico y Social*, 179, FUSADES).

Releyendo algunos comentarios sobre la reciente firma del ALCA se observan las fricciones e interrogantes en torno a la factibilidad del acuerdo suscrito en Quebec, el 20-21 de abril. Desde Europa, este acuerdo se mira con cierto recelo porque sería como una gran fosa para mantener el intercambio comercial ya existente con los países latinos, situados bajo la línea ecuatorial. Por su parte, Brasil, jefe de fila del Mercosur, ve como una amenaza la precipitada firma del ALCA y pide un tiempo de espera. Los presidentes centro-

americanos querían adelantar la fecha de inicio al año 2003 y, no aprobada esta moción, solicitaron al presidente G. W. Bush adelantar un tratado comercial con el bloque centroamericano.

Ya estamos integrados en la Iniciativa para la Cuenca del Caribe con Estados Unidos, en el Tratado de Libre Comercio de México, amén de otros acuerdos bilaterales. Nuestros gobiernos están persuadidos de que esta secuencia de ratificaciones comerciales puede modernizar nuestras empresas o bien abrir las puertas a la inversión extranjera. Esta compleja red de acuerdos regionales y multilaterales pone de manifiesto la importancia del comercio internacional en el crecimiento económico mundial, al mismo tiempo que —luego de Seattle— se plantea la interrogante de si todos los socios se benefician con el libre comercio o juegan “la suma cero”, donde lo que unos ganan otros lo pierden. No sin razón *La ventaja competitiva de las naciones*, de Michael Porter, se alarga hasta la página 1025. Si los beneficios están tan ligados al libre comercio, ¿por qué tantos miedos a las ventajitas competitivas?

2. Los ítems no comerciales de los acuerdos comerciales

Quien haya seguido los debates de las últimas cumbres mundiales, desde Seattle, en 1999 (ECA 2000, 64-65), hasta la Cumbre del milenio (ECA 2000, 905) o el Foro Social de Porto Alegre (ECA 2001, 122) podrá percibir que en el “borrador” del acuerdo constitutivo del ALCA aparecen una serie de puntos de agenda que no son propiamente normas comerciales. En la reunión de Quebec se volvió a repetir el mismo error de “las negociaciones en secreto”, acremente criticado en Seattle y que generó el fracaso de la última reunión de la Organización Mundial del Comercio. Dos comentaristas de dos conocidos diarios critican este secretismo, reconocido implícitamente por el presidente Bush. En su entrevista con el presidente argentino, Fernando de La Ruá, Bush insistió sobre el carácter democrático de la cumbre. “Luego de la reunión presentaremos el acuerdo, o su marco, a todos para que puedan estudiarlo y para que los ciudadanos de todos los países tengan la posibilidad —por primera vez en la historia— de examinar el texto de un acuerdo comercial”. El problema es que todo el proceso se desarrolló en un ambiente de secreto y las negociaciones han dado pie a las críticas, alimentando las especulaciones. “La cir-



culación de borradores plagados de tachaduras en blanco en nada ha ayudado a dar confianza; sobre todo después de la difusión del borrador sobre las inversiones, que autorizaría a las multinacionales a acusar a los gobiernos de poner límites a la libertad de comercio”. La comentarista, Patrice de Beer, recuerda que el mismo Bill Clinton había recomendado a la Organización Mundial del Comercio abandonar los métodos secretos y abrirse a la sociedad civil. Recomendación que no se ha seguido en Quebec (“Comerce mondial et environnement: le leadership des Etats Unis contesté”, *Le Monde*, 21 de abril de 2001).

El comentarista de *El País*, José Vidal-Beneyto, recuerda que los manifestantes de La cumbre de los pueblos solicitaban “la transparencia en la preparación y relanzamiento del ALCA —los documentos sólo se conocieron al comenzar la reunión— a la par que la participación en los debates de las fuerzas políticas sociales y sindicales, y también exigir que se incorporaran al mismo

temas esenciales como la garantía de los derechos y libertades individuales y colectivas, en particular de las mujeres y de las minorías étnicas; la protección del medio ambiente, la educación para todos y una economía sostenible” (“Dolarización panamericana”, *El País*, 21 de abril de 2001).

De hecho, nos encontramos con un mosaico de agendas comerciales y no comerciales, que los gobiernos signatarios deberán reflexionar, ordenar y activar de aquí al 2005. Se trata de un largo listado de buenas intenciones a dialogar con la sociedad civil. El objetivo central es que el Área del Libre Comercio de las Américas sirva a la reducción de la pobreza y al fortalecimiento de la democracia. Este primer objetivo enfatiza la relación directa que existe entre la reducción de la pobreza y el desarrollo de la democracia. Lo primero sería un requisito de lo segundo, y esto sí plantea un serio desafío al mismo libre comercio y a muchos países latinoamericanos. Lo que hay que asegurar es que la integración económica ejerza una acción directa sobre la reducción de la pobreza y la expansión de la democracia.

A este fin se agregan otra serie de objetivos, nada fáciles de lograr en el corto plazo: transparencia en las relaciones entre las instituciones y los ciudadanos, dando mayor participación a la sociedad civil; cooperación en materia de derechos humanos; promoción de los derechos civiles económicos, políticos y sociales de la mujer y de los pueblos indígenas; acceso universal a sistemas de justicia imparciales e independientes y la necesidad de recurrir a éstos para resolver conflictos; creación de prosperidad con la mayor zona de libre comercio del mundo, 800 millones de personas; promoción de los principios de inclusión y equidad, así como mejora de las condiciones de trabajo, el respeto de las normas laborales y la cooperación en las cuestiones relacionadas con la migración; estudiar la adopción de iniciativas destinadas a garantizar la buena gestión de las empresas privadas y su responsabilidad social; mejorar los sistemas de transporte en el hemisferio; enfoques comunes en cuanto a la energía; estrechar la cooperación en cuestiones medioambientales; realización del potencial humano, que permita mejorar el nivel de vida de todos los ciudadanos, apoyando la iniciativa de reducir a la mitad, antes del 2015, el número de personas que viven en la pobreza, en todo el continente; acceso al empleo y facilitar que los ciudadanos adquieran las actitudes

necesarias para competir en el contexto de una economía mundial, basada en el conocimiento; soluciones prácticas a la “brecha digital” existente en el hemisferio; enfatizar el acceso a la educación, la asistencia médica, así como proteger y promover la diversidad cultural. En total son dieciocho compromisos los que los gobernantes han pactado (“Agenda de la cumbre de Quebec”, *BBC Mundo*, 19 de abril de 2001; “Libre comercio en el 2006”, *El Diario de Hoy*, 23 de abril de 2001, 34).

Ante este complejo mosaico de objetivos y buenas intenciones, que no aparecen en el texto clásico de *Economía internacional* de Paul Krugman, nos preguntamos si se trata de un simple acuerdo de libre comercio o más bien de un conjunto de requisitos económicos, tecnológicos, sociales y políticos que hagan posible dicho libre comercio, en las Américas. Nos da la impresión de que aquí se confrontan dos ópticas o teorías. Algunos gobiernos presentes en Quebec parecen sostener la teoría de que el libre comercio genera, por sí mismo, iniciativa, especialización, expansión del empleo y de la inversión y, por medio de un proceso de rebalse, se irían gestando el resto de las condiciones económicas, tecnológicas, sociales y políticas. Los críticos de esta teoría del rebalse tienen presente las asimetrías reales de la economía internacional, las imposiciones y la insolidaridad de las naciones fuertes y de sus megaempresas, la permanente contradicción entre el alivio marginal de la deuda externa y el cierre de las fronteras a las exportaciones de los deudores, así como las reiteradas tentativas de imponer las cláusulas del Acuerdo Multilateral de Inversiones, anteriormente sofrenado.

En realidad, la compleja agenda de Quebec recuerda y actualiza problemas pendientes desde la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, de Seattle, de la UNCTAD en Bangkok, de Tailandia, de las cumbres del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, en Washington, Okinawa y Praga, de la Cumbre del milenio y del Foro social de Porto Alegre. El hecho de que existan estas ópticas enfrentadas testimonia la importancia de las discusiones que están aflorando, sobre todo si se cumple el requisito de que la sociedad civil participe activamente en la reflexión y las decisiones finales. Esperamos que este acuerdo no se imponga de forma inconsulta y autoritaria, como ha sucedido con otras leyes o políticas muy trascendentales para el futuro del país.

3. George W. Bush hijo: padre del ALCA

El 30 de enero, la periodista de *El País* en Miami, Rosa Townsend, publica el artículo "Hacia un acercamiento urgente de las Américas", en el cual afirma que la Universidad de Miami elabora un informe que alerta sobre la necesidad de que Estados Unidos impulse su política estratégica en América Latina. Dicho estudio recuerda a Bush que "la política de Estados Unidos con Latinoamérica ha sido monotemática, narcotizada y apaga fuegos". Las intervenciones estadounidenses estaban dirigidas a asuntos puntuales como sofocar brotes revolucionarios, detener el trasiego de cocaína o socorrer en los desastres naturales. Se le dice al presidente que "la falta de una estrategia regional se percibe como una arrogancia y ha despertado resentimiento". Los profesores universitarios lamentan que "el potencial de la región se haya aletargado por los conflictos, las desigualdades sociales o la crónica ineficiencia institucional". El informe de la Universidad de Miami se titula "Hacia un compromiso inmediato y permanente en las Américas". La tercera cumbre de Quebec debía dar los lineamientos para un sólido matrimonio, porque las expectativas del hemisferio se enfrentan con el excepcionalismo creado por las cumbres anteriores de Miami, 1994, y Santiago, 1998. El informe concluye: "creemos que sería un desastre si la delegación estadounidense no va preparada con propuestas concretas".

La periodista de *El País* habla de un "ALCA a dos velocidades". El pasado ha sido un historial de desencuentros. Los gobiernos del sur tienen prisas por llegar a acuerdos comerciales (aunque es lento en acometer reformas) y Estados Unidos marca el paso sin demasiado apuro. Aunque Bill Clinton dejó listo un borrador de acuerdo, éste no pudo obtener del Congreso la autorización para negociar tratados de libre comercio por la vía rápida (*fast track*) con terceros países. Por ello, su gobierno dejó el asunto en el tintero. Aparte de los ítems comerciales quedaban pendientes otros temas espinosos: los países buenos y malos en la lucha contra la droga, la "vietnamización" de Colombia, la migración ilegal, el fallo latinoamericano al no crear mecanismos de transparencia contra la corrupción... De todas formas, el ALCA sería la estrella en Quebec, si Estados Unidos jugaba en serio. Pero también se observa un eclipse en esta estrella: el ALCA no parece ser la panacea para América Latina, porque la economía norteameri-

cana avanza entre el enfriamiento y la recesión, que está afectando a México y a otros socios comerciales. Además, existen tres problemas: olor a pólvora en Colombia, Venezuela un punto y aparte y Cuba un caso aparte (R. Twonsend, "Hacia un acercamiento urgente de las Américas", *El País*, 30 de enero de 2001).

El informe de la Universidad de Miami no ha sido el detonante o la razón primaria que hizo de G. W. Bush el defensor del acuerdo ALCA. Personas cercanas al presidente y otros comentaristas afirman que "el panamericanismo de Bush es sincero. Lo predicó durante su batalla por la Casa Blanca, sin que nadie pueda acusarlo de electoralismo, porque este tema vende bien poco entre los votantes". Hay una mezcla de teoría y de herencia. Ante los manifestantes de Quebec, Bush dijo: "si protestan por el libre comercio, no estoy de acuerdo. Creo que el libre comercio es importante para este hemisferio. No sólo expande la prosperidad, sino que ayuda a expandir la libertad". Dijo también que quiere construir "un hemisferio democrático, ligado por la buena voluntad y el libre comercio". Por ello, en Quebec se comprometió a solicitar al Congreso el permiso (*fast track*) para negociar el tratado del Área de Libre Comercio de las Américas.

Se suman los testimonios de asesores cercanos de Bush: "es el presidente más interesado en los asuntos americanos desde Kennedy. América Latina no debe desperdiciar esta oportunidad. Los países americanos de habla española y portuguesa tienen una ocasión histórica con Bush. Este presidente está verdaderamente apasionado por la política del 'buen vecino' y sueña con hacer del libre comercio el vehículo de la integración del continente". Es normal que los asesores próximos a Bush traten de crear la imagen del buen vecino ante los gobiernos signatarios del acuerdo y ante todos los miembros del Congreso estadounidense.

Javier Valenzuela, también de *El País*, luego de trasladar estos testimonios agrega: "el proyecto tiene una clara impronta anglosajona. No pretende crear ningún tipo de integración política, social, humana o institucional como la realidad en marcha de la Unión Europea. Se trata tan sólo de eliminar barreras arancelarias y trabas burocráticas al intercambio de inversiones y productos. La música suena bien a oídos de dirigentes políticos y económicos latinoamericanos. Ganar acceso al mercado estadounidense, el más consumidor del mundo, es

importante para cualquiera. El problema es que la música no es nueva". Los hilos de la publicidad deben religar a todos los signatarios y persuadirlos de que Quebec no será una reedición de las cumbres de Miami y Santiago. La publicidad se encarga de recordar que Bush hijo ha heredado esta persuasión por doble vía: "una es familiar: su padre, gran partidario del libre comercio, fue el presidente que impulsó el nacimiento del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, y el primero que sugirió el ALCA. Otra es su raíz tejana: le gustan los mariachis, chapurrea el español y adoptó una política amistosa respecto a México" (J. Valenzuela, "Bush promete conseguir este año autorización del Congreso para negociar el libre comercio", *El País*, 22 de abril de 2001).

Otros analistas traducen esta herencia paterna desde otro enfoque histórico. Joaquín Estefanía, asiduo colaborador de *El País*, en su artículo "De Bush a Bush" recuerda que "George W. Bush entra en la Casa Blanca con la recesión a la puerta y un futuro político sombrío. Si Clinton ha vivido el lado positivo de la globalización, Bush deberá administrar su lado oscuro, con menos oportunidades y más desafíos... George Bush padre fue derrotado por Clinton debido a la recesión de principios de los noventa, y su hijo entra en el despacho que aquél dejó con otra posible recesión a su espalda" (J. Estefanía, "De Bush a Bush", *El País*, 4 de febrero de 2001).

De acuerdo a esta visión, el ALCA funcionaría más bien de norte a sur y así parece que lo interpretan las multinacionales estadounidenses. Los periodistas franceses que, al igual que el resto de europeos, miran con recelo este tratado, hablan de una "carrera de velocidad: En este enfrentamiento desigual muchos temen que el acuerdo se talle a la medida de las grandes empresas norteamericanas, que tienen una parte activa, aunque discreta, en las negociaciones a través del Foro de Asuntos de las Américas. Estas empresas movilizan novecientos expertos que participan en nueve grupos de trabajo, cuyo campo de acción traduce la importancia del proyecto: agricultura, servicios, inversiones, mercados públicos, derechos de propiedad intelectual, acceso a los mercados, subvenciones, medidas *antidumping* y normas de competencia. Se trata de puntos centrales, donde se pone en juego la apuesta del liberalismo comercial" ("Sommet á Quebec: mondiales Amériques", *Le Monde*, 20 de abril de 2001). No parece ser tan

limpio el principio del libre comercio de las Américas, y tanto el Foro Social de Porto Alegre como La Cumbre de los Pueblos de Quebec se oponen al surgimiento de un nuevo colonialismo de las Américas, como una reedición de "la doctrina Monroe".

Por añadidura, la doctrina del buen amigo, de la democracia y sus derechos humanos acaba de sufrir un serio revés, lo cual ha irritado a todo el gobierno de Estados Unidos. Los representantes del gobierno han tenido que abandonar los escaños de la Comisión de Derechos Humanos en Naciones Unidas. No es que todos los miembros de esta comisión tengan méritos relevantes para ocupar un puesto; pero, en opinión de Naciones Unidas, Estados Unidos ha acumulado varias tarjetas amarillas para ser excluida de la comisión. Estados Unidos ha vuelto a negarse a firmar el protocolo de Kyoto de 1997, sobre la contaminación ambiental. Bush dijo que la economía está antes que la ecología, lo cual no hubiera dicho su contendiente Al Gore. Tampoco suscribió el acuerdo de prohibición de minas antipersonas. Tampoco ha ratificado el tratado de la Corte Penal Internacional, creada en Roma, en 1998. En Seattle ya se le acusó de no suscribir y respetar los artículos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y de que algunas de sus transnacionales utilizan mano de obra infantil o introducen subrepticamente productos genéticamente modificados. A ello se agrega el empeño de G. W. Bush —herencia paterna y de Reagan— de relanzar el costoso "escudo antibalístico" para proteger a Estados Unidos y a sus aliados (?) de los nuevos estados terroristas, anulando el acuerdo de 1972, firmado por Nixon y Bresnev. Nueva guerra de las galaxias. Toda esta serie de extroversiones internacionales ensombrece la imagen del buen vecino y del libre comercio democrático.

4. La geografía del ALCA

El acuerdo del Área de Libre Comercio de las Américas pudiera lograr una mayor integración para 800 millones de habitantes. Por una serie de razones históricas, el continente se divide en tres regiones diferentes y diferenciadas por sus respectivos paralelos, sus lenguas, sus orígenes, sus culturas y hasta por sus acuerdos regionales. Es cierto que hoy día el mercado global convierte al mundo en una aldea; pero también es cierto que el mismo mercado divide las naciones en desarrolladas,

emergentes y subdesarrolladas, en acreedoras y deudoras, en grandes exportadoras y en menos exportadoras y más importadoras. Hay fronteras que no existen y otras que sí existen. Hay capitales que van y vienen sin anunciar la hora de llegada y de salida. Hay tráficos ilícitos de sur a norte y hay tráficos ilegales de norte a sur. Y hasta la moneda deja de ser medida de valor por culpa de especulistas en lavarla o falsificarla. Sobre este mosaico quebradizo se quiere levantar la mayor área de libre comercio.

Recordando que los europeos miran con cierto recelo el éxito posible del ALCA, Janette Habel, de *Le Monde Diplomatique*, expone con bastante realismo las razones que explican la buena acogida del proyecto así como los motivos para su lenta marcha o su frontal rechazo. Pese a que el continente tiene probada experiencia de la agresividad comercial y de la hegemonía estadounidense, hay argumentos que explican la posible adhesión al tratado. Falló el anterior modelo de desarrollo autosostenido, seguido de la crisis de la deuda externa y de la adopción de las políticas ultraliberales. Estas economías no presentan una complementariedad que asegure un desarrollo común, lo que puede debilitar la constitución de bloques sudamericanos. Los pequeños países desearían la integración a largo plazo al mercado norteamericano y atraer la inversión extranjera.

De hecho, las exportaciones de Estados Unidos hacia América Latina se han triplicado, entre 1990 a 1996, en mayor proporción que el comercio estadounidense con el resto del mundo. El éxito de estas negociaciones reforzaría los lazos económicos y políticos entre Estados Unidos y América Latina, debilitando los intercambios comerciales con la Unión Europea. La anterior secretaria de Estado, Madeleine Albright, pidió abiertamente a Argentina poner fin a los monopolios de *Telefónica* y *Telecom* a favor de empresas estadounidenses. A todo esto se agregan las preocupaciones de Estados Unidos, amenazada por el tráfico de la droga, el lavado de dinero, las migraciones ilegales, el terrorismo..., lo cual ha llevado a ejercer un mayor control en las fronteras y a presionar a los gobiernos para justificar la creciente presencia estadounidense. De ahí los esfuerzos de Albright para implicar a más países en el plan Colombia. Se ha revalorizado el papel de la Organización de Estados Americanos y su Protocolo de 1992 prevé un "derecho de injerencia" dentro de las fronteras

nacionales, en caso de crisis políticas o de interrupción de la evolución democrática.

Para lograr el "buen gobierno regional", Washington propone dismantelar las barreras comerciales en el hemisferio para que así las empresas multinacionales encuentren un ambiente más favorable. Si recordamos que desde el mes de diciembre de 1999 no se ha vuelto a reunir la Organización Mundial del Comercio (OMC), el ALCA se convertiría en un patrón para diseñar los nuevos acuerdos de dicha organización. Esto pudiera conducir a una "soberanía limitada" de los estados y a enmendar algunas cláusulas constitucionales, que prevén un trato preferencial a las empresas nacionales. "Es una póliza de seguro para echar un candado a medidas proclives al proteccionismo". Se trata de reforzar la democracia, promover la prosperidad por medio de la integración económica y un desarrollo durable. Jeffrey Schot, experto del senado estadounidense, reconoce que "el libre cambio implica obligaciones desiguales, más graves para los países en desarrollo que para los socios de los países industrializados. Pero esta desigualdad es compensada porque hace al país más atractivo para las inversiones extranjeras". En consecuencia, los gobiernos signatarios observarán cuáles son los resultados económicos y sociales gestados en México, cuyo presidente aprovechó la cumbre de Davos (2001) para firmar un tratado de libre comercio con la Unión Europea (ECA, 2001, p. 131).

Si el terreno político y económico parece estar preparado para la pronta firma del ALCA, ¿cómo se explica la lentitud de su puesta en marcha? Volvemos a los problemas que presentaba Carolina Alas, en su artículo sobre el nuevo entorno internacional del comercio: las dificultades de coordinar el sistema multilateral con los bloques regionales del comercio. Las cláusulas del ALCA deben compaginarse con el enjambre de acuerdos regionales y subregionales, incluso bilaterales, que han proliferado sobre todo en Sudamérica. Estos acuerdos regionales, además de comerciales, poseen cierta connotación política e incluso traducen un movimiento centrífugo. Existe la Comunidad Andina de Naciones, son claras las tensiones entre Estados Unidos y Hugo Chávez, tanto por las visitas realizadas por éste a los líderes de "gobiernos terroristas" (Hussein, Kadhafi, etc.) como por ser miembro de la OPEP, los proyectos geopolíticos difieren. Se ha decidido la formación del "bloque

nacionalista andino”, en estrecha relación con el Mercosur, y se ha acordado formar un bloque latinoamericano, en el 2002. Brasil desea negociar con Estados Unidos, una vez consolidado el bloque sudamericano. También es cierto que esta hegemonía de Brasilia causa tensiones a los socios más pequeños del área, mientras que Argentina, a medio camino de la dolarización, renueva de tiempo en tiempo sus litigios comerciales con Brasil.

Las dificultades, junto con las divergencias, provienen también del mismo Estados Unidos. Ni Bush padre, ni Clinton han obtenido la autorización del Congreso para la negociación de tratados comerciales. Los sindicatos estadounidenses se oponen al *fast track*, que generó la pérdida de 420 000 empleos y el descenso de los salarios luego de la firma del tratado de libre comercio con México. Desde la cumbre de la Organización Mundial del Comercio en Seattle se agregan las repetidas protestas de las organizaciones no gubernamentales estadounidenses, que denuncian a las multinacionales estadounidenses y canadienses por mirar a América Latina como “una oportunidad para beneficiarse de los bajos salarios y de normas menos rígidas en problemas de medio ambiente y salud”. En algunas ocasiones, el gobierno de Estados Unidos ha optado por negociaciones bilaterales con países latinoamericanos. En este embrollado entorno, Washington convoca a los treinta y tres signatarios para sentar las bases del nuevo orden comercial, de acuerdo a las dos consignas: “el principio jurídico de la igualdad de trato y el principio económico de la libre competencia”. Claramente, se trata de una integración desequilibrada.

Le Monde Diplomatique se pregunta si es posible oponerse con un proyecto desarrollista o si los gobiernos latinoamericanos no cuentan con más opción que la sugerida por los economistas liberales. El proyecto “bolivariano”, que comprende la integración latinoamericana, no goza del apoyo de una burguesía con visión de desarrollo de largo plazo. Las respuestas a las crisis son más inmediatistas. Un proyecto de desarrollo social “se fundamentaría en programas de justicia social, de transformaciones económicas radicales dentro de un continente que tiene el triste privilegio de conocer las mayores desigualdades del mundo”. Si los pobres pueblos latinoamericanos pudieran optar entre ser absorbidos por el neoliberalismo estadounidense y el neoliberalismo latinoamericano, quizás se arriesgarían a rechazar a ambos (J. Ha-

bel, “Integration à marche forcée pour los Amériques”, *Le Monde Diplomatique*, octubre 2000). Este artículo escrito en octubre de 2000 sirve de prefacio a la cumbre de Quebec.

Luego del fracaso de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, seguida de la cuforía a favor de la globalización, en el Foro de Davos 2000, se creó el paradigma del “hombre de Davos” y del “hombre de Seattle”, dos posiciones opuestas frente al libre comercio internacional. Este paradigma confrontativo lo encontramos en nuestro continente y también en nuestro país. Poco antes de la reunión de Quebec, el Fondo monetario Internacional organizó un seminario sobre el impacto de la globalización, tal vez preocupado por la ralentización de la economía mundial. Los gobiernos suelen inspirarse en algunas eminencias económicas, y, en esta ocasión, J. Bhagwati, profesor de la Universidad de Columbia, destaca los beneficios económicos y sociales derivados de la globalización. Lo importante son los matices, los presupuestos y las acciones complementarias requeridas. Conviene recordar que, luego de la crisis financiera de 1997, Bhagwati, defensor del libre comercio de bienes y servicios, afirma que “los argumentos de los enormes beneficios de la movilidad del libre capital no son persuasivos” (*ECA*, 1998, pp. 904-905).

En esta conferencia, Bhagwati responde a quienes afirman que la globalización puede ser benigna para la economía, pero socialmente maligna. Estos críticos cometen una “falacia de agregación” al no distinguir entre las diferentes formas de globalización: comercio, flujos de capital de corto plazo, inversión extranjera directa y tecnología, asignando los vicios de una forma de globalización a las demás. La crisis financiera de Asia, en 1997, no nos debe llevar a renegar de los flujos de capital como fuente de financiamiento productivo. Bhagwati afirma que “el libre comercio es bueno, pero no suficiente”. Aquí vienen los matices relacionados con algunos de los “anexos” del tratado de Quebec. “Los países necesitan un amplio apoyo institucional, buen gobierno, para hacer frente a los problemas que plantea la liberalización”. Aunque, en definitiva, el aumento de los ingresos favorezca el logro de objetivos sociales, podría ser conveniente actuar de manera más rápida. Por ejemplo, es casi seguro que el trabajo infantil disminuiría a medida que se redujera la pobreza, pero hay razones valederas para atacar este

problema de manera más directa y rápida". (Digamos, entre paréntesis, que el reciente informe del Banco Mundial para El Salvador propone "Disminuir la pobreza, primer reto".)

Bhagwati arguye que algunos académicos, contrarios a la globalización—Jeffrey Sachs, Dani Rodrik y Joseph Stiglitz— se basan en casos específicos de fallas del mercado: "La mejor solución, obviamente, sería corregir la falla del mercado a fin de crear las condiciones para el libre comercio". La respuesta es demasiado sencilla; lo que sostienen algunos de los académicos citados es que el libre comercio es quien genera las fallas del mercado.

Bhagwati afirma que "la liberalización del comercio favorece el logro de los objetivos sociales", aunque admite que los beneficios sociales no son tan evidentes como los económicos. Los ejemplos son algo lejanos y no muy convincentes. Los problemas de género en Japón han mejorado abiertamente: ahora las esposas acompañan a los hombres de negocios y observan el trato que en otras naciones reciben las mujeres. Ello tiene un efecto imitación cuando regresan a su país. También el comercio es una "transferencia de alta cultura" sobre los derechos del niño y de la mujer. El comercio también propicia, como en India, la alfabetización y abre las perspectivas para un cambio social más rápido. A la crítica de los sindicatos de países avanzados, que culpan a la globalización de reducir los salarios reales y generar pérdida de puestos de trabajo, Bhagwati responde que el tema es más complejo; a medida que un grupo de países y luego otro se abre y se beneficia del comercio internacional, estos países prosperan y sus salarios reales aumentan. Entonces dejan de ser competitivos con el norte y se convierten en importadores de esos bienes. Este efecto se ha podido observar en el bloque de Asia oriental. Bhagwati parte del supuesto de que el libre comercio genera prosperidad.

Aunque los beneficios superan a las pérdidas, hay pérdidas y "para contrarrestarlas, los países necesitan instituciones nacionales. Si hay contaminación, debe haber un mecanismo que obligue al contaminante a pagar: un ministerio de medio ambiente y una estructura legislativa y judicial. Los países necesitan el respaldo de las instituciones internacionales, que no deben abandonar a estos países a su propia suerte". Bhagwati acusa a las cuatro potencias (Canadá, Estados Unidos, Japón y Unión Europea) de incoherencia al promover los

objetivos sociales. Si quieren lograr objetivos sociales, deben recurrir, no a la Organización Mundial del Comercio, sino a la Organización Internacional del Trabajo, a la Organización Mundial de la Salud o a otros organismos internacionales con competencia en la materia. (Lo que no aparece en este extracto de la conferencia es que alguna de las grandes potencias no ha ratificado los acuerdos de la Organización Internacional del Trabajo, ni el protocolo de Kyoto.) Por último, agrega Bhagwati, "un factor que contribuyó al fracaso de Seattle fue el enfrentamiento de las organizaciones no gubernamentales del norte y del sur; ambas dicen ser la voz de su sociedad civil, pero las organizaciones no gubernamentales del norte gozan de mejor situación financiera" ("Bhagwati defiende la globalización y destaca sus beneficios sociales y económicos", Boletín del Fondo Monetario Internacional, 9 de abril de 2001).

No se puede evaluar o criticar la objetividad de una teoría por el extracto de una conferencia—aunque esperamos que el Boletín del Fondo Monetario Internacional haya hecho un buen resumen de la misma—. El hecho de que se citen los nombres de tres reconocidos economistas (J. Sachs, D. Rodrik y J. Stiglitz) significa que grandes académicos ponen en duda las bondades impolutas del libre comercio internacional. J. Stiglitz había dicho que el libre comercio en poco o en nada ha beneficiado a los países en desarrollo y que "la teoría del libre comercio es un fraude intelectual". Parece que por presiones del Congreso o del secretario del Tesoro estadounidense, J. Stiglitz fue relevado de su puesto de jefe de economistas del Banco Mundial.

También encontramos enfrentamientos entre los colaboradores de *El País*. Carlos Malamud, profesor de la UNED, critica a algunos de sus correligionarios por su pobreza intelectual en torno al ALCA: "muy amantes de teorías conspirativas, creyeron ver en este ensayo, una vez más, la larga mano del imperialismo norteamericano". En realidad, los gobiernos de la región tienen un amplio margen de maniobra. "El tono libre y nada complaciente del presidente Fernando H. Cardoso en el discurso pronunciado en la apertura de la cumbre hizo comprender a las más altas autoridades norteamericanas que estaban frente a una verdadera potencia regional". Estas divergencias sobre los puntos de agenda pueden servir para una "colaboración pragmática" y no para un enfrenta-

miento estéril. Tampoco debe contemplarse el ALCA como la suma cero, de un único ganador, Estados Unidos, y numerosos perdedores, las economías pobres o pobrísimas. De hecho, sindicalistas y ecologistas de Estados Unidos se oponen al proyecto; ni Bush padre, ni Clinton han logrado la autorización del *fast track*. Los países latinoamericanos, dice Malamud, han logrado excluir del ALCA algunas medidas inaceptables, como las sanciones comerciales por cuestiones ambientales o laborales, a lo cual se oponen los grupos de presión estadounidenses reacios al ALCA.

Para los países pobres o más pequeños, el ALCA genera las expectativas de poder vender sus productos en el mercado estadounidense. Para que esta negociación sea exitosa, no sólo debe reducir los aranceles que frenan las importaciones latinoamericanas, sino que también debe eliminar las normas *anti-dumping*, como los subsidios y las tarifas parancelarias, especialmente las fitosanitarias, que protegen la producción agrícola y ganadera local de la competencia del sur. En este punto, Malamud arremete contra el manifestante francés José Bové, defensor de la política común agrícola europea, el obstáculo mayor en la firma del acuerdo del Mercosur con la Unión Europea. Esta confrontación ya surgió en Seattle, en contra de Europa, Estados Unidos y Japón; pero José Bové protestó en Porto Alegre contra Estados Unidos, silenciando que su Europa practica un proteccionismo similar. En estos adjuntos, Malamud admite que el libre comercio no es tan libre.

En Quebec se ha hecho más énfasis en las manifestaciones que en las negociaciones. Malamud ataca a otro corresponsal de *El País*, José Vidal-Beneyto, antes citado, para quien el ALCA serviría para "institucionalizar la dependencia de Latinoamérica y para constituir la definitivamente en su *hinterland*, primero económico, después cultural y político". Contraataca con un interrogante algo espinoso: "¿en qué quedamos? ¿No era que Estados Unidos podía imponer el ALCA a América Latina, porque los diversos países que la componen ya estaban sometidos?". (Entramos en el tema espinoso de la geopolítica, donde unos y otros pueden presentar argumentos históricos.) Por último, "¿qué hace Europa ante el desafío americano? Dos cosas: la protección agrícola europea es una de las cuestiones candentes en los acuerdos con el Mercosur. Que no se publicaron a tiempo los documentos del ALCA, pues tampoco en el

caso europeo se hicieron públicos, más por desinterés que por secretismo. Vender de antemano la ruina... puede conducir a un disparate" (C. Malamud, "Pobreza conceptual en torno al ALCA", *El País*, 30 de abril de 2001).

Desde la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, en Seattle, hasta el reciente foro social de Porto Alegre, nos encontramos con posiciones antagónicas sobre los beneficios y las pérdidas derivados del libre comercio internacional. Este antagonismo, objetivamente realista y no visceral, significa que estamos ante una historia llena de claroscuros y conviene escuchar ambas posiciones. Por una parte, no podemos deslindar el juego del libre comercio internacional del ímpetu arrollador de las revoluciones tecnológicas (microelectrónica, informática, nuevos procesos de producción, etc.) que, en expresión de J. Schumpeter, convierten estas revoluciones en un "proceso de creación destructiva". Lo que se comercia es conocimiento, tecnología de punta, incorporados en los bienes y servicios. Como dijera A. Schelesinger, "la revolución informática es mucho más rápida, más concentrada y más drástica en su impacto. El mundo informatizado plantea problemas a la democracia. Mientras la revolución industrial creó más puestos de trabajo de los que destruyó, la revolución informática amenaza con destruir más puestos de los que crea. Amenaza también con levantar nuevas y rígidas barreras de clase, especialmente entre los instruidos y los no instruidos" (*ECA*, 1998, p. 897).

Para Frank Hinkelammert, el "huracán de la globalización", asentado en la tecnología de punta aplicada a la producción, no divide al mundo en una relación norte-sur, sino en una relación de exclusión. "Hoy día se habla de un tercer mundo al interior del primer mundo y de un primer mundo en el tercero". Las multinacionales, a modo de archipiélago, tienen sus enclaves en el océano del mundo, amenazando las inversiones productivas del tercer mundo, que, para realizarse, necesitan ser competitivas; en consecuencia, no se hacen. Se cierran los "nichos productivos" y los capitales buscan su rentabilidad en la cacería de las privatizaciones. Se genera así un proceso de estagnación dinámica, de crecimiento con desempleo. La mano de obra "liberada" debe refugiarse en el sector informal, en situación de precaria subsistencia. Por ello, F. Hinkelammert se opone a la teoría de las ventajas competitivas. "Según esta teoría,

no es posible que comprar barato sea la manera más cara de comprar. Sin embargo, la transición al estancamiento y después a la contracción dinámica son completamente diferentes. En esta situación, el libre comercio destruye mayores ingresos de los que genera derivados de la compra más barata. Efectivamente, se compra más barato, pero esta compra lleva a la destrucción de producción que había permitido determinados ingresos. Al destruir esta producción, sin sustituirla por nueva y más eficiente, se pierde este ingreso, sin ninguna contrapartida igual o mayor" (ECA, 1998, p. 897).

Aunque J. Bhagwati aconseja no cometer la "falacia de agregación", confundiendo flujos de capital de corto plazo con inversión extranjera directa, Rubbens Ricupero, secretario general de la UNCTAD, en la conferencia de Bangkok (Tailandia) en febrero de 2000, resumía su discurso en una sentencia: "la globalización hace difícil la globalización". Una de las primeras razones es que en las dos últimas décadas se ha reducido, en términos reales e incluso nominales, la ayuda oficial al desarrollo. La receta del Congreso de Estados Unidos (la comisión Meltzer) es que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial reduzcan sus ayudas a los límites fundacionales y que estos países recurran al mercado de los capitales privados (ECA, 2000, p. 1924). Rubbens Ricupero da una doble respuesta. Los pobres se benefician relativamente poco de la afluencia de capitales, pero cargan gran parte del costo cuando se realiza la fuga de capitales y se deterioran los servicios sociales. Por otra parte, "la distribución geográfica de la inversión extranjera directa ha sido muy desigual y concentrada en un pequeño número de países". Sólo los gobiernos que disponen de medios necesarios pueden dedicar fondos a la investigación y a la promoción de nuevas tecnologías y de la competitividad de productos transables. Las nuevas tecnologías son aseguradas por los "derechos de propiedad intelectual"; derechos onerosos para los países pobres e imposibles para los más pobres (Realidad, 1999, pp. 664-668).

Todo esto significa que en el entorno del libre comercio internacional juegan fuertes asimetrías en el área de la tecnología, de su propiedad intelectual, de los flujos seguros de capital privado y de la benevolencia de la inversión extranjera directa. A ello se suman los obstáculos internos que

aparecen como "anexos" en el tratado marco de Quebec. La gestación del ALCA se irá realizando en este escenario de la geografía económica. No debe interpretarse como un negativismo la presentación de estos problemas u obstáculos, porque todos ellos han aparecido en las más recientes cumbres mundiales, con la finalidad de irles buscando soluciones.

5. "Los manifestantes son dos"

Desde Seattle, en 1999, hasta Quebec, en 2001, asistimos a la era de los manifestantes, agregando un dato curioso, que esta letanía de manifestaciones se ha llevado a cabo en el hemisferio norte, cuando los problemas mayores están en el hemisferio sur. En todas las cumbres abundan las fotografías de la policía montada, motorizada, en bicicleta, de los gases lacrimógenos y de los llamados muros de la vergüenza. Estos manifestantes *extra muros* suelen calificarse como asilvestrados, perturbadores, anarquistas y cosas así. Si queremos buscar una explicación más correcta de este fenómeno imparable, tenemos que admitir que "los manifestantes son dos".

Un primer grupo son los oficialmente invitados a la cumbre, foro o conferencia mundial: los jefes de Estado, los delegados del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, los ministros del G-7, los expertos convocados... Los miembros de este primer grupo pueden libremente, incluso protegidos, manifestar sus puntos de vista sobre los temas de la agenda. El segundo grupo de manifestantes son los no invitados de manera oficial o los que son excluidos de manera intencional. Por lo tanto, estos manifestantes se invitan a sí mismos, dada la importancia de los puntos de la agenda para la sociedad en general o para los países más pobres, a los cuales dicen representar. Al interior de cada grupo se pueden distinguir dos subgrupos de manifestantes. En los manifestantes *extra muros* hay que distinguir a los que presentan un programa racional y razonado, que debiera tomarse muy en cuenta. Son los manifestantes "responsables", por cuanto quieren proponer una respuesta a determinados problemas mundiales; son la voz de una democracia participativa. El resto de manifestantes, los más agresivos contra la propiedad pública o privada o el orden ciudadano, no son "responsables" y no mucho ayudan a la crítica constructiva. En la cumbre de Quebec se ha cometido

una "falacia de agregación" (J. Bhagwati) al confundir unos con otros y esto puede ser un error bastante grave.

Volviendo a los manifestantes *intra muros*, los oficialmente invitados, también entre ellos hay dos grupos: los que sí pueden manifestarse con libertad y los "invitados de piedra". En el foro de Davos de 1999, los documentos de antecedentes usan esta expresión: "La gestión de los desafíos económicos internacionales no puede seguir siendo monopolio exclusivo de las grandes potencias, a cuyas reuniones asisten los representantes y líderes políticos de las naciones emergentes como 'invitados de piedra'". La protesta estalla bruscamente en la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. "En Seattle triunfó el desacuerdo de los países emergentes y en desarrollo, los cuales se negaron a firmar los acuerdos finales, porque ni siquiera habían sido consultados. Sus observaciones a los borradores previos no habían sido tomadas en cuenta. Los países africanos denunciaron acremente su marginación en todo el proceso de negociación. No sabemos qué decisiones se van a tomar y una vez más se nos pedirá subscribir un texto que ni tendremos tiempo de leer. En esta cumbre nace la simbiosis de los invitados de piedra internos con los manifestantes externos: los manifestantes dijeron estar en la calle para dar la palabra a aquellos que jamás la han tenido y para que la Organización Mundial del Comercio escuche la voz de los ciudadanos. La ley de las multinacionales no es la democracia. Se trata de que los pequeños países se hagan escuchar" (ECA, 2000, pp. 61 y 65). Estos silencios internos forzados son olvidados cuando sólo se critica a los manifestantes externos.

Por esta razón, cansados de tantas manifestaciones de puertas afuera, quienes se oponen al "pensamiento único" iniciaron, en Porto Alegre, el primer Foro Social Mundial, al mismo tiempo que en Davos (2001) se reunía el 31 Foro Económico Mundial. "El foro social mundial será un lugar de diálogo y debates sobre las grandes alternativas económicas, sociales, culturales, tecnológicas y políticas a que se enfrenta la humanidad. Los intelectuales y expertos invitados no serán un simple número, sino participantes de pleno derecho. Los elegidos podrán ver de cerca qué es lo que se agita en esta emergente oposición planetaria". En Porto Alegre se debatieron algunos temas que explican las manifestaciones de Quebec. "El taller dedicado

al comercio internacional enuncia: ha llegado el tiempo en que la sociedad civil participe de otra manera en las negociaciones multilaterales, velando para que concluyan con resultados positivos para el conjunto de los ciudadanos. Queda en pie la hostilidad a un libre cambio no controlado. En Porto Alegre, los movimientos latinoamericanos, muy numerosos, manifestaron su oposición al Área del Libre Comercio de Las Américas. Abierta oposición a la implantación de organismos genéticamente modificados y comprometida defensa del crecimiento sostenible, en cuanto la protección del medio ambiente es principio fundamental de gobierno" (ECA, 2001, p.133). Son éstas algunas de las protestas dentro y fuera de la cumbre de Quebec.

Al interior de esta cumbre de Quebec hay intereses y hay temores cruzados. Mike Moore, secretario general de la Organización Mundial del Comercio, cree que las negociaciones que se realizan para la constitución del ALCA pueden ser útiles a aquélla, que no se ha reunido desde diciembre de 1999. Es útil que se aborden las áreas de conflicto, las obligaciones y las propuestas de solución. Un área controvertida es el proteccionismo de los productos agrícolas. Estos debates son positivos. Al mismo tiempo, Mike Moore ve un verdadero peligro en dos procesos paralelos: la Unión Europea lleva ordenadamente el proceso de integración de países del este al mercado europeo. El ALCA busca la integración de todo un gran continente, en un área de libre comercio. "El problema será si surge la posibilidad de que alguna de estas asociaciones se convierta en un espacio cerrado al exterior, es decir, en vez de bloques comerciales concentrados en sí mismos. Eso es lo contrario de lo que pretendemos en la Organización Mundial del Comercio, en Ginebra" (*El Diario de Hoy*, 24 de abril de 2001).

El presidente G. W. Bush lo dejó claro al señalar que para Estados Unidos la liberación del comercio es importante para que "podamos [los países americanos] competir a largo plazo con el lejano oriente y Europa, o podemos continuar por nuestra propia cuenta. Considero [...] que seguir de nuestra propia cuenta no es el camino correcto" (*Proceso*, 948, p. 7). Esto ha generado dos clases de tensiones. Por una parte, los europeos siguen de cerca el avance de estas negociaciones. En el año 2000 se ha firmado un tratado de libre comercio con México y se ha iniciado un proceso de nego-

ciaciones con el Mercosur. Estados Unidos y Europa están comprometidas en una carrera de velocidad para ampliar sus mercados. Europa teme que, con la unificación del continente americano, Estados Unidos tenga una incontrolable ventaja en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio ("Sommet á Quebec: mondiales Amériques", *Le Monde*, 20 de abril de 2001).

El presidente Fernando Cardoso condicionó su adhesión al libre comercio exigiendo una "apertura recíproca", al mismo tiempo que criticó las medidas *anti-dumping* de Estados Unidos y las asimetrías existentes en bienes agrícolas. "El ALCA será bienvenido si su creación significa un paso para dar acceso a los mercados más dinámicos, si efectivamente significa el camino para las reglas compartidas *antidumping*, si reducen las barreras arancelarias, si evita la distorsión proteccionista de las buenas reglas sanitarias. Pero, si no es así, sería irrelevante o, en el peor de los casos, indeseable". Tanto Brasil como Argentina han insistido en la eliminación de las barreras arancelarias y no arancelarias que diezman las exportaciones regionales hacia Estados Unidos. El presidente Cardoso mostró su simpatía por las manifestaciones que critican una "globalización sin rostro humano". Criticó al presidente Bush por no haber querido ratificar el tratado de Kyoto. "Insistiremos en que los beneficios del comercio sean repartidos equitativamente. Las aperturas comerciales deben ser recíprocas y deben conducir a reducir en vez de agravar las disparidades" (J. Valenzuela, "Las protestas cercan la cumbre de Quebec", *El País*, 22 de abril de 2001).

Varios comentaristas señalan las diferencias entre el proceso gradual seguido en la constitución de la Unión Europea, en los tiempos de espera y los requisitos institucionales exigidos a los países aspirantes, en la distribución equitativa de las cargas financieras comunes, de manera que se logre un mosaico lo más homogéneo posible, y las diferencias abismales entre el país anfitrión, Estados Unidos y la mayoría de pequeños países latinoamericanos. El 76 por ciento de la riqueza proviene de Estados Unidos, que sumado al aporte de Brasil y Canadá representa el 87.7 por ciento de la región. Los otros 32 países apenas alcanzan a representar el 12.3 por ciento. Un libre comercio entre tan desiguales no parece ser el mejor escenario para una democracia económica. Los países centroamericanos siempre se han movido en la órbita

estadounidense, donde colocan más del 50 por ciento de sus exportaciones. Pero más abajo del "ecuador comercial", la influencia de Estados Unidos se reduce, sobre todo en el Mercosur. Es normal que estos países presionen y se hagan oír frente a Estados Unidos, así como es normal que los gobiernos centroamericanos se apresten a adelantar un tratado de libre comercio con Estados Unidos.

El semanario *Proceso* subraya el aspecto de las diversidades nacionales. "La cumbre de Quebec es el escenario perfecto para mostrar la diversidad de intereses y la complejidad de los mecanismos de integración, dada la disimilitud de naciones americanas en materia económica, democrática y social. No está demás preguntarse si los gobernantes realmente representaron los intereses de sus respectivos pueblos... Este proceso de integración, que privilegia lo económico y comercial de cara a la globalización, encuentra su fundamento en la ideología neoliberal, asumida por la mayoría de los mandatarios". Esta diversidad de intereses y disparidades económicas y sociales explica que en las cumbres de Miami y Santiago aparecieran sectores opuestos a las negociaciones (948, pp. 9-10). El mismo semanario (No. 949) señala que en las declaraciones finales de la reunión de Quebec, los mandatarios dicen "acordar gran importancia a que el diseño del acuerdo tenga en cuenta las diferencias en tamaño y niveles de desarrollo de las economías participantes". Pero no se concretan "las medidas para corregir los grandes atrasos en los temas sociales... La visión dominante sigue siendo la de las grandes empresas del norte".

En este escenario de intereses dispares y de desigualdades patentes, las manifestaciones de La cumbre de los pueblos, que no ven signos de beneficios sociales, merecen toda atención. Porque "los acuerdos de libre comercio agravan las desigualdades entre ricos y pobres, entre los hombres y las mujeres, entre los países del norte y los países del sur; y destruyen los vínculos ecológicos entre el hombre y el medio ambiente... Estos acuerdos orientan la economía hacia la exportación en detrimento de las necesidades de las comunidades locales. Lo que contribuiría, en definitiva, a una consolidación del poder económico y legal de las empresas, en perjuicio de la soberanía de los pueblos".

El continente latinoamericano encierra la más desigual distribución de las riquezas: "vivimos en

una América marcada por intolerables desigualdades e injustificables asimetrías políticas y económicas: (a) una población de 800 millones de personas, de las cuales cerca de 500 millones viven en América Latina y la mitad de éstas en la pobreza; (b) una deuda inaceptable de 792 mil millones de dólares americanos con los países del norte, de los cuales 123 mil millones de dólares se destinaron al pago de la deuda sólo en el año 1999; (c) una concentración de capital, de tecnología y de patentes en el norte; (d) Estados Unidos y Canadá concentran el 80 por ciento del peso económico". No quiere decir esto, agrega *Proceso*, que los opositores al ALCA rechacen la posibilidad de construir una nueva América. Lo que quieren es "construir puentes entre los pueblos de las Américas, inspirarnos del pluralismo de nuestras historias y nuestras culturas, fortalecernos mutuamente en el ejercicio de una democracia representativa y participativa". El ideal democrático y de participación de los pueblos es una vieja aspiración, coartada y restringida a los intereses políticos y económicos de turno, pese a las reiteradas declaraciones contrarias (949, pp. 5-7).

En Quebec se ha enfatizado la llamada "cláusula democrática", cuya lectura ha servido para excluir a Cuba de esta cumbre. Dadas las grandes disparidades económicas y sociales, pocos países honoran en su interior una democracia participativa. No deja de llamar la atención que Cuba sea excluida de un área de libre comercio continental, cuando "el gran país" invita a China continental a integrarse en la Organización Mundial del Comercio. ¿Qué intereses impulsan esta doble moral?

Como se recordó anteriormente, el éxito del ALCA depende, en gran parte, de otros manifestantes con igual o mayor poder que el presidente G. W. Bush. Se requiere que el Congreso autorice al presidente para firmar estos acuerdos comerciales sin que el legislativo tenga que revisar y aprobar las cláusulas del tratado. La pregunta es ¿quién legisla al legislador? Si las grandes empresas determinan que el ALCA es beneficiosa para reanimar el enfriamiento de la economía estadounidense, seguramente el *fast track* tendrá buen éxito. Sin embargo, Washinton-EFE asegura que "el Congreso no aprobará el *fast track* a Bush. El obstáculo más grande del presidente de Estados Unidos es el grupo de los legisladores demócratas". Estos legisladores opinan que "en las negociaciones de comercio y en los tratados comerciales hay

que incluir provisiones ambientales, de derechos humanos y laborales". El líder demócrata en la Cámara de Representantes agregó que los demócratas cuentan "con el apoyo de los sindicatos, de muchos ecologistas y de muchos ciudadanos que sienten que esas medidas deben incluirse en los tratados de comercio". Con esta medida "no están siendo proteccionistas, ni intentamos parar el mercado, sino aumentarlo de la manera adecuada".

6. Camino del ALCA

El 2 de abril, *El Diario de Hoy* presenta el blasón, el escudo y los principios del ALCA: preservar y fortalecer la comunidad de democracias de las Américas; promover la prosperidad, a través de la integración económica y el libre comercio; erradicar la pobreza y la discriminación del hemisferio; garantizar el desarrollo sostenible y conservar el medio ambiente para las generaciones futuras. El 23 de abril, este matutino lista los dieciocho compromisos anexos al documento oficial: democracia, derechos humanos, justicia, seguridad, sociedad civil, comercio e inversión, infraestructura, cooperación ante desastres naturales, medio ambiente, gestión agrícola y desarrollo rural, trabajo y empleo, crecimiento con equidad, educación, salud, igualdad de género, pueblos indígenas, diversidad cultural, infancia y juventud. Ante este tablero de ajedrez la pregunta obvia es: ¿quién es el ALCA, quiénes son los anexos y cuál la relación entre el ALCA y los anexos? Nos da la impresión de estar frente a un plan de nación para cada nación. Los economistas pueden realizar un interesante análisis de correlaciones significativas entre el ALCA y los anexos, y entre éstos y aquél.

La primera correlación, que no la percibo muy clara, es la conjunción entre la integración económica y el libre comercio. Esta correlación es lógica en teoría y necesaria en un escenario de globalización. El ejemplo lo vemos en el hemisferio norte. Primero se unieron en bloques de integración económica los mercados comunes de Estados Unidos, la Unión Europea, el bloque asiático y, una vez integrados, entraron en el océano del libre comercio. Este es el camino correcto dentro del tablero de la globalización. En nuestro reducido istmo centroamericano, navegamos a contracorriente; estamos embarrancados en el proceso de integración económica regional, pero estamos sustituyendo este primer estadio de la economía inter-

nacional con una red de tratados bilaterales con distintos y distantes países del continente. Con ello, procreamos las relaciones asimétricas previstas en la firma del tratado del ALCA. Sin una previa integración económica llevamos las de perder.

Basta con releer los titulares y comentarios de nuestros diarios de los días próximos a la firma de Quebec. "Hay que ser realistas de que el ALCA no va a ser una solución para todas las economías de América Latina", asegura el director ejecutivo de la Asociación Salvadoreña de Industriales, Jorge Arriaza. "El ALCA es una herramienta de desarrollo, pero para las economías pequeñas es muy peligroso, por lo que se debe establecer un mecanismo que fije las condiciones de asimetría entre los países. Las economías pequeñas, como las nuestras, no pueden llegar a una zona de libre comercio en igualdad de condiciones; tiene que haber procesos de asimetría entre las economías grandes y las economías chiquitas, para favorecer a los países pequeños. Este tratado hay que ponerlo en un contexto real y que esto del área de libre comercio no se vaya a volver un negocio para los grandes y en una crisis para los más pequeños, lo cual es una posibilidad y es eso lo que no queremos". Arriaza no estuvo entre los manifestantes de Quebec, pero dice cosas similares.

Jorge Mariano Pinto, presidente de la Asociación de la Mediana y Pequeña Empresa Salvadoreña, dice que "los beneficios para las microempresas son pequeños". Por esos días se agregan otros comentarios parecidos. "Obstáculos para el libre comercio. Tanto el gobierno, la empresa privada y el sector laboral resaltan la necesidad de capacitarse". El diputado Dagoberto Marroquín se permitió decir: "No estamos preparados para el tratado de libre comercio". El diputado Roberto Lorenzana va un poco más allá: "Con los tratados de libre comercio dejaremos de ser competitivos" ("Sector privado aboga por ventajas", "Microempresas no ven oportunidades", *La Prensa Gráfica*, 24 de abril de 2001, p. 2b; 27 de abril de 2001, p. 36; *El Mundo*, 1 de mayo de 2001, pp. 11 y 16).

Roberto Rivera Campos, en su análisis de la economía salvadoreña a final del siglo, nos recuerda que estudios de largo plazo sugieren "la tendencia de la productividad media de los factores de producción a declinar, a la par de la disminución de la disponibilidad de capital por trabajador. La pérdida de productividad tendencial estaría en la base del bajo crecimiento logrado en el largo

plazo" (p. 244). El recordado investigador Salvador Osvaldo Bran denunciaba la indolencia empresarial: "aspecto de singular importancia es cómo superar el patrón de comportamiento tradicional del sector empresarial, que cree en el principio del menor esfuerzo tecnológico. El proteccionismo excesivo de varios decenios provocó que éste eludiera correr riesgos, en particular, los asociados a la innovación tecnológica. Muchos empresarios se han acostumbrado a no competir con mejor calidad y precios; prefieren hacerlo con publicidad, acceso a crédito preferencial y la obtención de subsidios del gobierno, o sea, se habituaron a formas de competencia que exigen poco o ningún esfuerzo tecnológico, práctica que debe erradicarse para ser más competitivos" (*ECA*, 1997, p. 546).

Todo ello se traduce en que nuestra balanza comercial sea crónicamente deficitaria con todos los países, pese a incluir la maquila, que no es una industria muy nacional. Esto ha sido cierto también cuando los precios del café no eran tan bajos, ni los del petróleo tan altos. Debido a nuestra débil competitividad surgen los temores ante la apertura de tratados comerciales nuevos y libres. Se ha puesto de moda la proliferación de infocentros digitales, cuya necesidad y ventajas son plausibles para situarse en los nichos que ofrece la apertura comercial. Pero el éxito de estas unidades informáticas requiere de una buena red de escuelas técnicas profesionales y de institutos y universidades con investigación tecnológica aplicada, que fundamenten los nuevos procesos de producción. Schumpeter dijo que las revoluciones tecnológicas son un proceso de "creación destructiva".

Desde esta perspectiva, algunos de los llamados "anexos" del documento de Quebec se convierten en requisito indispensable del libre comercio: la educación, la salud, la infraestructura, la gestión agrícola y el desarrollo rural, el trabajo y el empleo, el medio ambiente. Digamos que estos serían requisitos condicionantes para mejorar la calidad y los precios de nuestras exportaciones. En la década de los noventa se quiso hacer de las exportaciones el eje motriz del crecimiento económico, pero este eje se quebró por el conjunto de razones que explican nuestra débil productividad y competitividad. He ahí la importancia de estos "anexos" para entrar en el laberinto del libre comercio. No nos va a sobrar tiempo de aquí al 2005 para fortalecer este conjunto de anexos, sino que veremos llevar las de perder.

En la óptica del gobierno y en los documentos oficiales se espera que el tratado de libre comercio y el ALCA catalicen la inversión extranjera hacia nuestro país y creen así miles y miles de empleos. Esta inversión extranjera, sobre todo la inversión directa, requiere de unos condicionamientos que determinan su toma de decisión. A los "anexos" antes mencionados es necesario agregar la seguridad, la administración de justicia, los derechos humanos, la democracia, el comercio y la inversión. Esto significa que sí hay una estrecha correlación entre el objetivo central del ALCA, la promoción del intercambio comercial en el interior de las Américas, o en el tratado de libre comercio con Estados Unidos. El ALCA no es "llegar, ver y vencer". Los anexos son más que anexos. Y si el ALCA, en razón de los "manifestantes de dentro y de fuera", fallase, queda en pie que estos anexos son requisito necesario para fortalecer el eje de nuestras exportaciones.

Al terminar el mes de mayo, la prensa nacional e internacional presagia nubarrones en la economía mundial: "El horizonte incierto del comercio mundial", "La ralentización de la economía norteamericana alcanza al Viejo Continente", "Europa se resfría", "Creciente debilidad del euro", "Un contratiempo para G. W. Bush", "La fuga de un republicano deja en manos demócratas el Senado de EEUU". Sea recesión o sea enfriamiento, el aterrizaje estadounidense ha afectado de una manera sensible las tasas de crecimiento y el alza de la inflación en Europa. El bloque sudasiático sigue en fuerte receso y las instituciones internacionales reducen a la baja sus pronósticos de crecimiento. De una u otra forma, este enfriamiento puede afectar al continente latinoamericano.

Muy en relación con nuestro tema, la decisión del senador James Jeffords de renunciar al Partido Republicano y proclamarse independiente, más cercano a los demócratas, significa que el Senado cuenta con 50 demócratas, 49 republicanos y un independiente. Dejando de lado las razones que motivaron esta decisión, lo cierto es que G. W. Bush va a encontrar mayores resistencias en sus programas de gobierno, ya sea para el proyecto del "escudo balístico", ya sea para la pronta autorización del *fast track* comercial *Ginebra-EFE*, "Comercio mundial ante un horizonte incierto", "Vaticina lento crecimiento de economía de EUA", 24 de mayo de 2001; "Le ralentissement économique américain a atteint le Vieux Continent", *Le Mon-*

de, 24 de mayo de 2001; "La fuga de un republicano deja en manos demócratas el Senado de los EEUU", *El País*, 25 de mayo de 2001.

Estas noticias son nubarrones coyunturales en el horizonte económico, pero lo más preocupante son los nubarrones teóricos, los cuales generan ensoñaciones irreales. La declaración de Quebec comete una falacia al transformar una posible teoría en una realidad histórica. Los mandatarios recuerdan que las economías abiertas y libres, el acceso a los mercados, el flujo sostenido de las inversiones, la formación de capitales, la estabilidad financiera, las políticas públicas adecuadas son claves para reducir la pobreza y la inseguridad, elevar los niveles de vida y promover el desarrollo sostenible. El libre comercio sin subsidios ni prácticas desleales, acompañado de flujos crecientes de inversión productiva y de una mayor integración económica, favorecerán la prosperidad regional, mejorarán las condiciones laborales de los pueblos de las Américas y protegerán mejor el medio ambiente. Si la teoría es tan maravillosa, ¿por qué la realidad es tan distinta? La razón es clara: los presupuestos inexistentes se convierten en realidad y las promesas en ensoñaciones. Con cuanta razón, Joseph Stiglitz dijo que "la teoría del libre comercio es un fraude intelectual".

Quien haya seguido un poco de cerca los debates de las recientes cumbres mundiales (1999-2001) pronto percibirá que esos supuestos teóricos han generado efectos contrarios. El gran interrogante es por qué lo racional se convierte en irracional, por qué la libertad comercial se convierte en asimetrías comerciales, por qué el flujo de capitales genera crisis financieras, por qué el acceso a los mercados se topa con fronteras cerradas, por qué el desarrollo sostenible se convierte en crecimiento con desempleo, por qué los subsidios y las prácticas desleales son prácticas habituales de los defensores del libre comercio, por qué no se elevan los niveles de vida, sino que crece la pobreza, por qué las recetas económicas no se traducen en mejoras sociales, por qué la democracia representativa no engendra la democracia participativa, por qué, normalmente, sucede lo contrario de lo que debería suceder, por qué el liberalismo comercial no hace su autocritica y se niega a escuchar la voz de quienes le ayudarían a tal fin.

Los excluidos tienen derecho a leer el reverso de la historia. "El proyecto del ALCA es un estatuto de derechos y libertades para los inversio-

nistas, consagrando la supremacía del capital sobre el trabajo, transformando la vida y el mundo en mercancías, negando a los derechos humanos, saboteando la democracia y socavando la soberanía de los estados". De esta suerte, los miembros de las organizaciones sociales presentes en Quebec, además de ofrecer una lectura diferente de las pretendidas virtudes del libre comercio, echan abajo todo el planteamiento oficial que hace del ALCA el principal camino de solución a los problemas de América. Ofrecen cambiar el eje "comercio para la democracia representativa" por el eje "democracia participativa para el comercio". Exigen que los pueblos participen y sean tomados en cuenta, pues así podrán contribuir a forjar un nuevo destino social y económico, en el respeto mutuo y la solidaridad compartida" (Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación, "Divergencias en torno al ALCA", ECA, 2001, pp. 395-399).

Quedan muchas interrogantes y mucho que hacer de aquí al 2005. Son necesarias las exportaciones para el crecimiento nacional y es imprescindible el comercio para el desarrollo mundial. Por ello es necesario comparar los presupuestos con la realidad, para cambiar la realidad y para cambiar los presupuestos. En la declaración de Quebec, los llamados "anexos" son requisito del fin pretendido; son un verdadero plan de nación. La democracia representativa es un objetivo efímero, si no hay democracia participativa. En Quebec se ha repetido a los gobiernos la recomendación de discutir estos problemas en forma transparente con la sociedad civil. No deja de ser paradójico que ésta es la petición de los "no invitados", de la Cumbre de los pueblos.

F. Javier Ibisate, S. J.
Catedrático del Departamento de
Economía de la UCA

